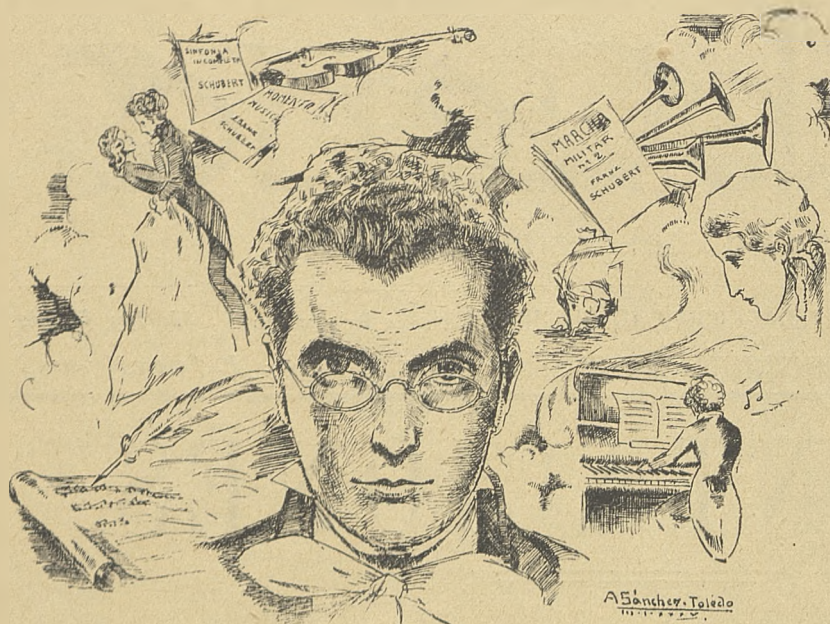


“Sinfonía Incompleta” de Schubert

por Sánchez-España



Con el título arriba enunciado bautizó Schubert una de sus inmortales composiciones. Y la obra fué incompleta, porque el gran romántico jamás pudo encontrar la realidad final que un día, al conjuro de tan bellas cosas, surgiera en su corazón como premio humildísimo a sus elevados sueños.

Si copiando de vivas realidades Schubert hubiera podido terminar sus incomparables páginas, hubiéramos visto entonces el final de su «Sinfonía», y con ella, el dulce y caliado sueño de su amor y de su vida. Pero estaba visto que para aquel maestrillo de escuela eran todos castillos de naipes y locas quimeras, y no pudo ver realizado aquello que siempre, o casi siempre, consigue un bruto o un necio con dibujar sólomente en los labios la estúpida manifestación de un silencio...

Por eso el genio legó a la juventud romántica, en el lenguaje divino de la música, esas páginas preñadas de luz y de sombras, de realidades y de ensueños, de amarguras y de supremo encanto.

Cuando oímos esta composición, el espíritu se eleva a regiones que no a todas las criaturas nos es viable alcanzar. Y se sueña con ese amor inmortal que no puede contarse ni

con el tiempo. Y es que sus notas—, palabras armoniosas suaves y llenas de un irresistible encanto—, no pueden ser dichas, ni admitimos que puedan escucharse como no sean hechas por un hombre que amara tanto como él. Es uno de los pocos hombres que nos hacen soñar; pero con más motivo, cuando a nosotros llegan las notas de su «Sinfonía». Más que admiración, en éxtasis magnífico con ella nos aislamos y charlamos con ella así como si fuera un geniecillo alado e invisible, compañero feliz en nuestra soledad, y lenitivo admirable en nuestras realidades.

Oyendo a Schubert, gustando el placer de esta joya de su inspiración, vestimos de carne a ese hijo natural de su fantasía, y unas veces llega a nosotros chiquitín y juguetón, que ríe a carcajadas; otras, compañero grave y serio que desgrana en nuestros oídos prudentes reflexiones; y siempre, casi siempre, como ningún otro, agita nuestra alma en loco revuelo de juventudes, encarnando una musa feliz de ritmo apasionado y vehemente. Nos deja dormidos ante la estúpida realidad de las cosas, y por obra y gracia de su inspiración y de su arte, nos remonta a países fantásticos y eleva nuestros senti-

dos a regiones donde los ríos parecen de plata y las flores de cristal; donde admiramos que, sobre las blancas ondas de los lagos cruzan en raudes de espuma barcos de nacar con velas de gasa, allí precisamente donde se dejan oír armonías de pájaros extraños ocultos entre el bosque de las magnolias.

En este país de ensueño, Schubert no quiere romper nuestro encanto, y por eso deja sin terminar su «Sinfonía», llevando a nuestra alma sólomente las mieles de unas primicias, pero no así las hieles de su final angustioso.

No pudo admitir nunca que un lingote de oro pudiera ser escudado por una plancha de cobre. No quiso ver ahogado el misterio de la vida y de la muerte en el pozo de la desesperación y de las pasiones. Y por ésto, él lo sufre, él lo vive y con él muere; pero a la posterioridad romántica no quiere legar un inmeso caudal de amarguras aunque el vino de la vida fuere bebido por él hasta las heces...

¡Schubert divino! Saturada su alma de un sentimiento tan bello como romántico, no puede concebir que la vida sea lo que una página del pentágrama; todas notas distintas, para que una vez juntas formen lo que se llama divino arte...

«Sinfonía», «Momento musical», «Serenata»; mágicas palabras que llegan a nuestros oídos como demostración categórica de esos impulsos heróicos que sólo saben admitirse en hechos del amor y de la muerte...

Dibujo de

Anibal Sánchez Toledo

Un retrato de

PRIETO

se diferencia de todos los demás.